

862
L. R.

PQ 6621

.I4

03

v. 8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA FUENTE AMARGA

Comedia en tres actos, en prosa, estrenada en el
TEATRO URQUIZA, de Montevideo, el 17 de Julio
de 1908, y en el TEATRO DE LA PRINCESA, de
Madrid, el 23 de Enero de 1910.

PERSONAJES

GENOVEVA VALMIR
PAZ VALMIR
EMILIA
MATILDE
ANTONIA
MERCEDES
PURA
AURORA
SAGRARIO
UNA SEÑORA
UNA CANTANTE
COMPAÑERA DE LA CANTANTE
UNA CRIADA
DAVID
DON VALENTÍN
PABLO VALMIR
GUMERSINDO VALMIR
BERNARDO
RAMIRO
UN CABALLERO
PERICO
UN CRIADO
OTRO CRIADO
UN VENDEDOR

ACTO PRIMERO

Un saloncito elegante. Por la tarde, en Abril. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA

PABLO, sentado indolentemente. GUMERSINDO, leyendo un periódico ilustrado.

GUMERSINDO.—Me parece que este periódico ya lo he leído.

PABLO.—Tú sabras.

GUMERSINDO.—No lo aseguro, pero juraría que he visto ya estos grabados.

PABLO.—Antiguos o nuevos, supongo que no te importarán.

GUMERSINDO.—No.

PABLO.—Y si quieres salir de dudas..., con mirar la fecha del periódico...

GUMERSINDO.—Eso me complicaría más, porque si fuera de hoy me obligaba a cavilar en dónde demonios habría yo visto lo que no se publicara aún.

PABLO.—Déjalo.

GUMERSINDO.—Sí. Demasiadas preocupaciones tiene uno.

PABLO.—Oye, padre, ¿puedes escucharme un momento?

GUMERSINDO.—¿Cuánto?

PABLO.—Tres mil pesetas.

GUMERSINDO.—No, no tengo tiempo.

PABLO.—Oye.

GUMERSINDO.—Qué.

PABLO.—Te hago una rebaja.

GUMERSINDO.—No.

PABLO.—Dos mil.

GUMERSINDO.—No.

PABLO.—Mira que es un compromiso de honor.

GUMERSINDO.—¿Las debes?

PABLO.—No, pero las puedo llegar a deber.

GUMERSINDO.—No quiero investigar tu conducta para no refirte, Pablo. Me dicen que tienes deudas.

PABLO.—Pero no de honor.

GUMERSINDO.—¿Pues de qué son?

PABLO.—Deudas sencillas, que no es urgente pagarlas.

GUMERSINDO.—¡Pablo, Pablo!... No es digno de tu nombre que vivas entrampado.

PABLO.—Por eso te pido dinero.

GUMERSINDO.—Tampoco es digno que me lo pidas.

PABLO.—¿No?

GUMERSINDO.—No.

PABLO.—Bueno, pues te rebajo un poco más. Dame siquiera mil.

GUMERSINDO.—No, Pablo, no. Las cuestiones de dinero son muy delicadas.

PABLO.—Mucho, pero no tanto, que tú las tratas como a enfermos desahuciados.

GUMERSINDO.—Y ya es hora de irte persuadiendo de que en casa no podemos derrochar.

PABLO.—Derrochemos fuera.

GUMERSINDO.—Pablo...

PABLO.—Lujo no falta; de algún lado saldrá.

GUMERSINDO.—Sale de eso, de negarte las mil pesetas.

PABLO.—¿Soy yo el que sostengo la casa? No lo sabía.

GUMERSINDO.—De no gastar nosotros más que lo absolutamente preciso... En fin, de lo que se llama orden y administración. No lo ganamos.

PABLO.—Tenéis rentas.

GUMERSINDO.—Sí, pero todo el que vive de su

renta nada más, llegando al límite ha de vivir como pobre, si no quiere serlo de veras algún día.

PABLO.—Es la última vez que te las pido... ¡Palabra!

GUMERSINDO.—Pues también será la última vez que te las niegue. No es capricho ni tacañería, créeme, hijo...

PABLO.—Anda, papá, ten un buen arranque.

GUMERSINDO.—(*Sacando la cartera.*)—Mira, precisamente, una nota de extraordinarios.

PABLO.—Basta que tú lo digas.

GUMERSINDO.—(*Guardando la cartera.*)—Es un gasto enorme.

PABLO.—(*Deteniéndole.*)—No la saques sin razón, ni la guardes sin darme algo.

GUMERSINDO.—Sobre lo que te damos mensualmente, no es posible. Te has acostumbrado a que los meses sean de diez días.

PABLO.—Anda, papá, anda.

GUMERSINDO.—Por excepción, toma veinte duros.

PABLO.—Me ofendes.

GUMERSINDO.—Treinta.

PABLO.—Sigo ofendido..., pero tráelos.

GUMERSINDO.—¡Caramba!... Todos los billetes son de veinte.

PABLO.—(*Echando mano.*)—No te fijes en esas pequeñeces.

GUMERSINDO.—Devuélveme los diez duros.

PABLO.—No, papá. Entre padres e hijos no debe haber cuentas: has dicho tú ya, con muchísima razón, que las cuestiones de dinero son delicadísimas.

GUMERSINDO.—Y hasta el día primero, ¿eh?...

(*Marcha y se detiene.*)

De lo que hablábamos antes, del periódico, tengo la seguridad de haber leído ese número.

PABLO.—No te quepa duda, papá: lo has leído.

GUMERSINDO.—Puede que haya sido en el Casino, o en algún escaparate, o...

(*Mutis foro izquierda.*)

ESCENA II

PABLO, EMILIA y MATILDE, por la derecha.
Un criado atraviesa.

MATILDE.—Pablito...

PABLO.—Hola, Matilde. ¿Y tú, Emilia?

EMILIA.—Precisamente he venido pensando en ti.

PABLO.—Para cuándo...

EMILIA.—(*Dándole un pequeño abanicazo.*)—¡Serio!... Quería hacerte una pregunta. ¿Quién es el señor ese que ahora acompaña tanto a vuestro amigo David?

PABLO.—Don Valentín Espalier. Hoy vendrá aquí... Es un banquero de Barcelona, muy simpático, millonario...

EMILIA.—¿Casado?

PABLO.—Soltero. Y tú viuda. Hay porvenir, Emilia.

EMILIA.—Yo no pienso en eso.

PABLO.—Ni él tampoco, porque no te conoce: pero hay porvenir, Emilia.

ESCENA III

DICHOS; GENOVEVA y PAZ, por la izquierda. El criado atraviesa ahora de izquierda a derecha.

PAZ.—(*Después de saludar.*)—¿Y ese novio?

MATILDE.—Bien...

EMILIA.—No me lo recuerdes. Es inexplicable que le guste un novio tan feísimo, tan facha,

tan insignificante y tan espíritu puro, que parece un suspiro de novicia.

MATILDE.—No es tan mala figura.

EMILIA.—¿Que no?... ¡Horrible! Es un mico, y aun para mico había que retocarle un poco.

MATILDE.—Pero es muy instruido.

GENOVEVA.—Y muy inteligente.

PAZ.—Y muy listo.

EMILIA.—Eso dicen de todos los feos.

MATILDE.—Tú le tienes manía, tía Emilia.

EMILIA.—Esto es de sentido común solamente. Va a enamorar y dicen que es listo. Que vaya a examinarse y que digan que es guapo, a ver si le aprueban.

PABLO.—Tu patrocinado es David.

EMILIA.—Ese sí que es un hombre.

PAZ.—Un caballero intachable, sí... Leal, respetuoso...

EMILIA.—Y tan rico...

PABLO.—Es el representante en Madrid de la casa Espalier, y además trabaja por su cuenta en Bolsa. En dos años se hizo un puesto entre esa gente de Banca, y no hay negocio grande a que David no le saque un pellizco, grande también.

EMILIA.—A ti no te molestará que le alabemos, ¿eh, Genoveva?...

GENOVEVA.—Si decís verdad...

EMILIA.—Nosotros a decirte verdades y él a decirte amores, mucho terreno ha de ganar en ti.

PAZ.—Es una buena amistad nada más.

EMILIA.—Disimularemos, si os parece.

PABLO.—Sí, disimulemos.

(Se pone a cantar.)

PAZ.—Pablo...

EMILIA.—Lo extraño en David es la mezcla rarará de ostentación y de humildad al mismo tiempo. Con unos coches magníficos, y va siempre a pie. Abonado a todos los teatros, y apenas si aparece por el palco del Club. Por cierto que en ese punto habías de civilizarle algo.

GENOVEVA.—¡Yol... ¿Y con qué título?...

EMILIA.—Ya te los dará él. En materia artística demuestra un atraso deplorable. No aplaude a Wagner, ni le gustan las comedias de te y chistes, que son tan entretenidas; pero en cambio se entusiasma en los melodramas ridículos con traidor y triunfo de la virtud y perdón al final.

PAZ.—Aunque sean fingidas, le agradan las buenas acciones.

PABLO.—Y las practica. Al Club va un desgraciado que se muere de hambre, pero más orgulloso y más soberbio que don Rodrigo, el de la horca. No pide un ochavo a nadie, y si se lo ofrecieran se enojaría. Hace pocas noches hablamos de eso, y al día siguiente, David, que no juega nunca, se puso a jugar un bezique con ese tipo, a tanto fuerte. Me llamó la atención, observé el juego y vi que se descartaba de las cartas buenas para dejarse ganar.

EMILIA.—Una limosna...

GENOVEVA.—Una limosna, sí; pero vestida de frac, para que pudieran recibirla sin desdoro.

PAZ.—Es muy delicado.

PABLO.—Mucho. Yo pienso jugar con él unas partidas.

PAZ.—¿Será una broma tuya?...

PABLO.—Claro, madre.

EMILIA.—Habrá que confesar que es un dechado de perfecciones.

GENOVEVA.—No. Basta con reconocer que tiene más cualidades buenas que malas.

EMILIA.—Y de esas cosas que no se pueden decir, ¿se dice algo?

PAZ.—¿De amoríos?

PABLO.—¿Tú has oído hablar de José?

PAZ.—¿El casto?

EMILIA.—¿El que dejó la capa?

PABLO.—De ese. Pues David ni siquiera va a dejar la capa; si le obligan manda a un criado que la lleve.

EMILIA.—¿De qué te ríes, Matilde?

MATILDE.—Del criado, tía.

EMILIA.—Por lo visto, David no quiere tener ni aun los defectos que son más agradables de perdonar.

ESCENA IV

DICHOS y BERNARDO, por la derecha.

BERNARDO.—Señoras...

PABLO.—El gran don Bernardo G. de Zúñiga y P. de Aguirre.

BERNARDO.—En persona.

PABLO.—¿De dónde vienes? ¿De China o de Egipto?

BERNARDO.—Les tengo a ustedes acostumbrados a estos viajes míos, pero el de hoy no cuenta. Vengo de ahí al lado, de Vichy.

EMILIO.—¿Qué ha ido usted a curarse.

BERNARDO.—Todo.

PABLO.—¿Y qué te has curado?

BERNARDO.—Nada.

GENOVEVA.—Veo que es usted consecuente con sus enfermedades.

BERNARDO.—Y con mis amigos. Un par de días aquí y ya estoy preparando una excursioncita a Rusia.

PAZ.—¿Cómo no se cansa usted de correr tanto mundo?

BERNARDO.—Porque voy en tren, señora.

PABLO.—Bernardo P. de Zúñiga y G. de Aguirre, has estado bueno.

BERNARDO.—No he dicho nada que...

PABLO.—Cuando no crees decir nada es cuando te sale mejor. Por eso aciertas tan a menudo, mi querido amigo G. de Zúñiga y P...

BERNARDO.—No me zarandeas los apellidos, ¿eh, Pablito?

PAZ.—¿Y la señora y los chicos?

BERNARDO.—Bien.

EMILIA.—¿Cuántos tiene usted?

BERNARDO.—Tres.

PAZ.—Siéntese usted a mi lado. ¿Qué ha sido de usted?

BERNARDO.—He estado en Málaga.

PABLO.—Acabas de decir que en Vichy.

BERNARDO.—Dando la vuelta, ¿hay inconveniente?

GENOVEVA.—Ninguno.

BERNARDO.—Daban allí un concierto y me telegrafió una señora de la Junta... Me aburrí de lo lindo, porque a mí la música no me entra más que por un oído.

PABLO.—Y te sale por los dos.

BERNARDO.—Después de escucharla, que salga si quiere.

GENOVEVA.—¿Y ahora qué proyecta usted?

BERNARDO.—Por de pronto un paseíto sin salir de Europa.

PAZ.—¿Lleva usted la familia?

BERNARDO.—No.

EMILIA.—Resultaría carísimo. La mujer, los niños..., ¿cuántos son?

BERNARDO.—Tres. Voy solo, con billete circular..., y a mí me hacen un gran descuento porque viajo mucho. Un día vino a verme el director de los ferrocarriles del Norte...

PAZ.—Le hablaremos también, que es íntimo nuestro.

BERNARDO.—¿El de París?

PAZ.—El de aquí.

BERNARDO.—A mí me habló el de allá... y me dijo: «Monsieur Zúñiga...»

PABLO.—G. de Zúñiga.

BERNARDO.—Eso. «La Compañía ha resuelto facilitar sus excursiones de usted...» Bueno, es que les doy a ganar cantidades fabulosas. El año pasado hicimos una expedición admirable: toda América, Norte y Sur; parte de Asia, algo de Africa...

GENOVEVA.—¿Y Oceanía también?

BERNARDO.—No hicimos más que tocar.

PABLO.—¿Qué tocasteis?

BERNARDO.—Una escala del vapor.

EMILIA.—¿De qué te ríes, Matilde?

MATILDE.—Del vapor, tía.

PAZ.—Debió ser un viaje delicioso.

BERNARDO.—Delicioso, señora. Con decirle a usted que duró dos años y pico, cerca de tres.

GENOVEVA.—¿Y lo emprendió usted el año pasado.

BERNARDO.—¡No, señora!

PABLO.—Tú lo dijiste.

BERNARDO.—Un error de fecha, compréndelo, Pablito.

PABLO.—Lo comprendo, G. de Zúñiga.

EMILIO.—¡Las aventuras que podrá usted contar!

BERNARDO.—Y las que no puedo contar... Curiosísimas.

MATILDE.—¿Por qué no las publica usted?...

BERNARDO.—Ya están.

GENOVEVA.—¿En dónde se venden?

BERNARDO.—En las librerías. Lo que pasa es que yo aborrezco la exhibición y no he consentido que figurasen como ocurridas a mí, sino a otros viajeros.

PABLO.—Tú vas a la inmortalidad con seudónimo.

GENOVEVA.—Lo mismo es...

ESCENA V

DICHOS y GUMERSINDO, por la izquierda.

GUMERSINDO.—(*Saludando.*)—Emilia... Matilde... Zúñiga...

PAZ.—(*Aparte a Genoveva.*)—Este buen señor, ¿no se enterará de que son muy burdos sus embustes?

GENOVEVA.—¿Piensas que miente? No. Tiene

un cristal de aumento en la boca, y cuando cree que dice un mes está diciendo un año.

PAZ.—De eso a mentir va bien poco.

GENOVEVA.—El cristal.

GUMERSINDO.—Hoy nos lo presentará David.

BERNARDO.—Buen presentador; qué simpático y qué educación tan exquisita la de ese David... ¿Querrá usted creer, señora, que no interrumpe nunca?... Se le pueden contar las historias a gusto.

EMILIA.—¿Suyo?

BERNARDO. Del que cuenta, amiguita, del que cuenta. Tengo idea de haberle tratado en Barcelona, y hasta juraría que una noche comimos juntos en casa de la marquesa de..., de una marquesa de allí. No recuerdo cuál, porque allí hay muchas.

GUMERSINDO.—Es posible.

PAZ.—(*Aparte a Genoveva.*)—Entérate si podemos pasar al comedor.

(*Mutis Genoveva por la izquierda.*)

ESCENA VI

DICHOS, MENOS GENOVEVA.

BERNARDO.—Por cierto que en esa casa tuve el agradable encuentro de una dama bonaerense distinguidísima. Me habló de España con grandísimo entusiasmo.

PABLO.—Eso es que en ti no encontré más que los recuerdos patrióticos para entusiasmarla.

GUMERSINDO.—Tú le hubieras hecho el amor inmediatamente.

PABLO. Si me obligaba...

BERNARDO.—Tenía dos hijas preciosas e iba a casarlas con dos españoles.

PABLO.—¿Cada una?

PAZ.—Cada una con uno, Pablo.

PABLO.—Eso me parecía.

EMILIA.—Yo he casado una, gracias a Dios...

BERNARDO.—¿Quedan más?

EMILIA.—No, señor.

BERNARDO.—Pues las ha casado usted todas.

EMILIA.—Ahora esta sobrinita, Matilde.

BERNARDO.—Hala con ella.

EMILIA.—¿De qué te ríes, Matilde?

MATILDE.—Del hala, tía.

EMILIA.—(A Bernardo.)—¿Y usted?

BERNARDO.—Los míos son chicos y se arreglan mejor.

EMILIA.—¿Tiene usted muchos?

BERNARDO.—Tres, señora, tres. Desde que se lo he dicho a usted antes, no he tenido ninguno más.

EMILIA.—Dispense usted el olvido.

ESCENA VII

DICHOS; RAMIRO y ANTONIA, por la derecha.

PAZ.—(Saludando.)—¿Ya estás buena?

ANTONIA.—Completamente.

GUMERSINDO.—A usted hay que felicitarla después de cada enfermedad. Le sientan a usted muy bien, Antonia.

RAMIRO.—(A Pablo.)—¿Ha venido David Lartol?

PABLO.—Aún no.

RAMIRO.—Tengo que hablar con él.

PABLO.—No tardará.

ESCENA VIII

DICHOS y GENOVEVA, por la izquierda.

GENOVEVA.—(*A Paz.*)—Cuando quieras, madre.

(*Va a saludar a Antonio.*)

PAZ.—¿Vamos al comedor?...

(*Ofreciéndole el brazo a Bernardo.*)

BERNARDO.—Aunque yo no tomo nunca nada...

PAZ.—¿Nunca?

BERNARDO.—Es decir, fuera de mi casa...

PAZ.—Esta es como la suya propia.

BERNARDO.—Entonces tomaré algo.

(*Mutis Paz y Bernardo, por la izquierda.*)

EMILIA.—Ten cuidado, Matilde, que a veces no te ries a tiempo.

MATILDE.—Sí, tía, cuando me hace gracia.

EMILIA.—No.

MATILDE.—Bueno, pues cuando os riais vosotras.

EMILIA.—Tampoco, porque tú eres soltera.

MATILDE.—No es que entienda lo que dicen, tía. Me río de veros reir...

EMILIA.—Eso es otra cosa.

(*Mutis Emilia y Matilde, por la izquierda.*)

ANTONIA.—¿Estás ya en amores con David?

GENOVEVA.—No.

ANTONIA.—¿Que te hace la corte, no lo negarás?

GENOVEVA.—De lo que hagan otros no soy yo la llamada a responder.

ANTONIA.—Pues como tú no respondas, mal le ha de ir a ese caballero.

RAMIRO.—(*Acercándose.*)—¿No estuvieron ustedes ayer en el Retiro?

GENOVEVA.—Fuimos a la Casa de Campo.

(*Mutis Genoveva, Antonia y Ramiro, por la izquierda.*)

ESCENA IX

GUMERSINDO y PABLO.

PABLO.—*(Que se ha tumbado en el sofá, viendo a Gumersindo, que se sentó cómodamente en una butaca.)*—¡Padre!...

GUMERSINDO.—*(Sorprendido.)*—Hijo... ¿Qué haces ahí?

PABLO.—Reponerme de esta satisfacción de las visitas.

GUMERSINDO.—¿Por qué no vas con ellos?

PABLO.—¿Y tú?

GUMERSINDO.—Anda, anda, Pablo, Pablito...

PABLO.—Sois vosotros los que recibis: yo no hago más que aguantar.

GUMERSINDO.—No me obligues a levantarme.

PABLO.—Estate quieto.

GUMERSINDO.—Un instante que me siento...

PABLO.—Y yo un instante que me tumbo...

GUMERSINDO.—Acompañales.

PABLO.—Mira que te pido más dinero..

GUMERSINDO.—*(Levantándose.)*—No eres nada sociable... ¡Nada! ¡Nada!...

(Mutis por la izquierda.)

PABLO.—Yo cometeré muchos desaguisados cada lunes y cada martes, pero los pago cada lunes de recibo... ¿Para qué me obligarán a mí a estar en casa?...

(Levantándose contento.)

¡David!...

ESCENA X

PABLO, DAVID y VALENTÍN, por la derecha.

DAVID.—*(Presentando.)*—Don Valentín Espalier.

PABLO.—Nuestro banquero... Lo de nuestro es una esperanza risueña para mí.

DAVID.—Pablo Valmir...

VALENTÍN.—Y para mí. Los banqueros sin clientes..

PABLO.—¡Buen cliente se iba usted a echar!... Que yo estoy organizado para divertirme y que paguen otros, como una Junta de Beneficencia.

VALENTÍN.—Todos nos servimos mutuamente, que no hay hombre sin hombre.

PABLO.—Ni sin mujer.

DAVID.—El mejor carácter del mundo.

PABLO.—Un poco de amistad para mirarlo, y ya está un defecto convertido en buena cualidad.

VALENTÍN.—Lo merecerá usted...

PABLO.—Con éste no es argumento. Para David, lo mediano es envidiable, y lo malo, digno de compasión... Voy a avisar a mi madre, que no me perdonaría que retrasara el placer de saludarle.

(Mutis Pablo, por la izquierda.)

ESCENA XI

DAVID y VALENTÍN

VALENTÍN.—Mucho te aprecian...

DAVID.—Es una familia encantadora: ya lo verá usted.

VALENTÍN.—Tengo más informes que los tuyos, y, en efecto, es una familia encantadora.

DAVID.—Honrados, amables.

VALENTÍN.—Sí, sí: todo un capítulo laudatorio. Por eso me explico que te acojan con tanta efusión.

DAVID.—Procuro no desmerecer.

VALENTÍN.—También me consta. Has tenido la humorada de trabajar y llevas rumbo de poderoso.

DAVID.—El nombre de usted me facilitó...

VALENTÍN.—Ya lo sé, ya lo sé. Y puedes permitirte el lujo de no recoger un céntimo de las cantidades que mensualmente deposito en tu cuenta, como ganancias de tu participación en mi casa de banca.

DAVID.—No siéndome precisas...

VALENTÍN.—Eso más tienes. Y sobre ello, como todos los que aciertan, has logrado crédito y respetos, que tú gozas en aumentar con una conducta escrupulosa. Te felicito, David.

DAVID.—Tengo que ennoblecerme a mí mismo y no olvidar lo que a usted le debo.

VALENTÍN.—Te felicito, David Lartol, te felicito.

ESCENA XII

DICHOS y PAZ, por la izquierda.

DAVID.—*(Saludándola con una inclinación.)* Paz, tengo el gusto de...

PAZ.—Un momento. El señor Espalier ha

querido ser presentado a mí: yo no admito esa presentación. Somos ya antiguos amigos; es decir, ¿amigos?...

VALENTÍN.—Lo deseo.

PAZ.—Demasiado sé que por mi causa, aunque no por mi culpa, ha sufrido usted en otros tiempos.

VALENTÍN.—¿Se conocían ustedes?

PAZ.—Hace muchos años.

VALENTÍN.—¡Muchos!

DAVID.—¿Muchos?

PAZ.—Y temía que me guardase usted rencor...

VALENTÍN.—Aquello pasó...

PAZ.—Todo pasa en la vida; también lo sé, que para algo he llegado a ser vieja. Al pisar otra vez mi casa, la casa de los Valmir...

VALENTÍN.—La casa de los Valmir...

(Se pone grave, pero sonrte en seguida.)

PAZ.—No le pregunto a usted lo que ha olvidado y lo que recuerda. Le digo a usted únicamente: «¿Quiere usted ahora que seamos buenos amigos?»

VALENTÍN.—Lo quiero.

PAZ.—*(Dándole la mano, afectuosa.)*—Gracias.

(A David.)

Ya estamos presentados, David. Con un poco de voluntad se zanja pronto las cuentas.

VALENTÍN.—Pronto... o tarde, pero se zanja.

PAZ.—David, a quien estimamos muy de veras, honrándonos con su afecto...

(David se inclina profundamente.)

nos habla de usted con frecuencia. Por él sabemos que merece usted la inmensa fortuna que ha ganado, que es usted muy caritativo y muy generoso...

VALENTÍN.—Si él lo dice... así debo ser, que en este mundo no somos lo que somos ni valemos nuestro verdadero valer, sino el que los demás nos conceden.

PAZ.—También nos contó que sigue usted soltero, que no ha querido usted casarse.

VALENTÍN.—No quise, es verdad; pero es más verdad todavía en los labios de usted, Paz.

PAZ.—(*Dulcemente.*)—¿Lo ha dicho usted por mortificarme?

VALENTÍN.—No.

PAZ.—Entonces me ha mortificado usted sin querer... De nosotros, ya sabrá usted nuestra vulgar historia. Mi padre ha muerto... Dios le haya perdonado.

VALENTÍN.—¡Dios!

PAZ.—(*Rápida*)—¡Y usted!

(*Valentín se inclina sin responder.*)

Yo me casé con mi primo Gumersindo; tengo un marido que me considera, y dos hijos, Pablo y Genoveva, que adoro y me adoran... Hoy vivimos tranquilamente; hubo una mala racha de penas y de sinsabores, cuando el matrimonio de Genoveva...

VALENTÍN.—(*A David.*)—¿No es soltera?

DAVID.—No.

PAZ.—Es viuda.

VALENTÍN.—Ah...

PAZ.—Vivieron unidos un año escasamente, pero con tales disgustos..., hasta que Dios se lo ha llevado.

VALENTÍN.—Dios otra vez...

PAZ.—Sí, Dios siempre. Un minuto...

(*Yendo a la izquierda.*)

¡Genoveva!... Geno...

(*Sin alzar mucho la voz.*)

DAVID.—(*Aparte a Valentín.*)—Paz temía que le guardase usted rencor...

VALENTÍN.—(*Sonriendo.*)—Eso ha dicho.

DAVID.—¿Luego hay motivo entre ustedes para que ella lo temiera?

VALENTÍN.—(*Sonriendo.*)—Eso quiso decir.

DAVID.—¡No me habló usted nunca!...

VALENTÍN.—(*Sonriendo.*)—¿Y por qué te he de hablar de lo que es mío y no tuyo?...

DAVID.—Cierto, cierto...

ESCENA XIII

DICHOS y GENOVEVA, por la izquierda.

GENOVEVA.—¿Madre?

PAZ.—Don Valentín...

GENOVEVA.—Ya sé... Tenía mucho deseo de conocerle...

VALENTÍN.—Y yo. Sabía que era usted adorable, por David.